

## LA SOBERANIA DE DIOS

El tiempo comenzó cuando Dios creó la tierra y los cielos <sup>1</sup>. Antes, el hombre, todo lo que ahora conocemos, los mundos lejanos y las insondables riquezas del universo, no eran más que un decreto de la sabiduría divina *que está en los secretos de la ciencia de Dios, y es directora de sus obras* <sup>2</sup>.

Según un programa sapientísimo, comenzó el Señor en el tiempo la obra de la creación. Comunicó a las criaturas una extraordinaria variedad y abundancia de perfecciones, que imitan en grados diversos la plenitud de su único Ser, poseído en identidad por las tres Personas divinas <sup>3</sup>.

### *Dios, Creador y Señor del mundo*

El primer capítulo del Génesis relata la historia de la creación con tan elocuente sencillez, que manifiesta a un tiempo el poder infinito y la

(1) Está declarada contraria a la fe la afirmación de la existencia eterna del mundo [Cfr. Juan XXII, const. *In agro dominico*, 27-III-1329, prop. 1-3, D. 501-503 (951-953)].

(2) *Sap.* VIII, 4.

(3) La fe católica confiesa que Dios es *Creador de todas las cosas, de las visibles y de las invisibles, espirituales y corporales; que por su omnipotente virtud creó de la nada a una y otra criatura, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la mundana, y después la humana, como común, compuesta de espíritu y de cuerpo* [Concilio IV de Letrán, cap. 1 *de fide cath.*, D. 428 (800); Cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 1, D. 1783 (3002)].

ilimitada bondad de Dios. Cada criatura, desde la partícula corpórea más elemental hasta los espíritus puros que llamamos ángeles, existen y actúan según ese proyecto divino que produjo todas las cosas de la nada constituyéndolas en el ser. Antes no eran, pero *El dijo, y fue hecho; mandó, y se cumplió* <sup>4</sup>. El comienzo de la existencia de cada criatura fue como el primer acto de obediencia a la soberana voluntad divina. *Digno eres, ¡oh Señor Dios nuestro!, de recibir la gloria, y el honor, y el poderío; porque Tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad subsisten* <sup>5</sup>.

El querer de Dios es libérrimo; los dones que reparte no son emanación necesaria de su naturaleza, sino participación graciosa de su infinita bondad <sup>6</sup>. Las criaturas, *cuando Tú abres la mano, se sacian de todo bien; pero si Tú escondes el rostro, se conturban; y si les quitas tu aliento, se deshacen* <sup>7</sup>. Todo lo que es, existe por explícita y libérrima decisión divina <sup>8</sup>.

Todas las cosas creadas son buenas <sup>9</sup>. Así *los cielos pregonan la gloria de Dios* <sup>10</sup>, aunque nada añaden a su majestad; sólo la anuncian para que sea reconocida por toda la creación, y singularmente por los hombres que, creados a imagen y semejanza de Dios <sup>11</sup>, pueden *cantar la gloria de su nombre, darle la gloria de la alabanza* <sup>12</sup>.

Libre Creador del universo, Dios conserva y gobierna todo lo creado <sup>13</sup>. *El Señor es el principio y el fin y el centro de la creación: en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios (Ioann. I, 1). Es Cristo, hijas e hijos míos, el que*

(4) Ps. XXXII, 9.

(5) Apoc. IV, 11.

(6) Es de fe que Dios *manifiesta su perfección por los bienes que, con libérrimo designio, reparte a la criatura* [Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 1, D. 1783 (3002)]; se apartaría de la verdad quien dijere que Dios *no creó por libre voluntad* [Ibid., can. 5, D. 1805 (3025)].

(7) Ps. CIII, 29;

(8) *Si la Providencia divina no conservara las cosas con el mismo poder con que las creó en un principio, volverían enseguida a recaer en la nada* (Catecismo Romano, Parte I, cap. II, n. 21).

(9) El Concilio de Florencia definió que todas las criaturas *son buenas, ciertamente, por haber sido hechas por el Sumo Bien, aunque mudables, porque fueron hechas de la nada; y afirma que no hay naturaleza alguna del mal, porque toda naturaleza, en cuanto es naturaleza, es buena* [Bula *Cantate Domino*, D. 706 (1333)].

(10) Ps. XVIII, 2.

(11) Cfr. Genes. 1, 26.

(12) Ps. LXV, 2.

(13) Cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 1, D. 1784 (3003); Concilio Vaticano II, decl. *Dignitatis humanae*, n. 3.



*atrae a todas las criaturas: por El fueron creadas todas las cosas, y sin El no se ha hecho cosa alguna, de cuantas han sido hechas (Ioann. I, 3). Y al encarnarse, viniendo a vivir entre nosotros (Cfr. Ioann. I, 14), nos ha demostrado que no estamos en la vida para buscar una felicidad temporal, pasajera. Estamos para alcanzar la bienaventuranza eterna* <sup>14</sup>.

Por eso afirma nuestra fe católica que lo que acontece en el mundo no es ejecución de un destino fatal, ni resultado de un juego de fuerzas ciegas e irracionales, ni fruto del incierto acaso, ni despliegue necesario de leyes que la naturaleza se daría a sí misma <sup>15</sup>. Todo está directamente mandado o al menos permitido por la Voluntad omnipotente de Dios, según un designio trazado por su excelsa Sabiduría, que mira a la glorificación divina y al bien de sus criaturas. En las estupendas leyes del universo —que sólo en pequeña parte los hombres alcanzamos a desvelar— se muestra ya una traza de ese orden sapientísimo e infalible de Dios.

### *La ley, como Voluntad sabia y soberana de Dios*

Utilizando analógicamente el término usado para referirse a los principios que dirigen y regulan imperativamente la actividad humana, denominamos ley eterna —la eternidad es otro atributo exclusivo de Dios— a la norma o criterio de la sabiduría divina que preside su voluntad creadora y providente. Santo Tomás explica así la conveniencia del término ley aplicado al designio de Dios: *por su sabiduría, Dios es autor de todas las cosas, y a ellas se compara como un inventor a sus inventos. Por lo tanto, si la pauta trazada por la sabiduría divina, en cuanto creadora, es como un proyecto, modelo o idea de todas las cosas, esa misma pauta, en cuanto impulsa todas las cosas a su debido fin, tiene carácter*

(14) De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de acción de gracias*, 25-XII-1972, en *Crónica*, 1973, p. 8.

(15) El fatalismo fue ya condenado en el Concilio de Braga, contra Prisciliano [Cfr. Concilio de Braga, año 561, prop. 9, D. 239 (459)].

de ley. De ahí que la ley eterna no es otra cosa que la regla establecida por la divina sabiduría en cuanto directiva de todos los actos y operaciones <sup>16</sup>.

A esa ley eterna están sometidas todas las propiedades de las cosas creadas por Dios, sean contingentes o necesarias; únicamente las que pertenecen a la naturaleza o esencia divina no le están sometidas, porque —en realidad— son la misma ley eterna <sup>17</sup>.

Dentro del orden que Dios ha trazado para manifestar y comunicar su gloria, el hombre ocupa un lugar excepcional, pero no es una excepción: también él, como las demás criaturas, está sometido a la ley de Dios. El Señor ha mostrado con él una predilección incomparable. Le dotó de una inteligencia y una voluntad que le permitieran llegar hasta El por el conocimiento y el amor, y además le revistió de una participación nueva, distinta, sobrenatural —gratuita, por tanto, e inmerecida—, que le abría las puertas de su intimidad, elevándole muy por encima de sus condiciones naturales, y distinguiéndole con el título de hijo adoptivo.

Así creado y elevado, el hombre vino a ser como la obra maestra de la creación: una criatura armónicamente compuesta de materia y de espíritu, y también de naturaleza y gracia, resumiendo —como en bella imagen gustaban de decir los Padres de la Iglesia— en su insignificante pequeñez las perfecciones más sobresalientes del inmenso universo.

En esta situación privilegiada, perdida parcialmente por el pecado de origen, y restaurada con ventaja por la Redención obrada al encarnarse el Unigénito del Padre, el hombre ha gozado siempre de su libre albedrío, don precioso que no permitió Dios que se perdiera irremediablemente con el pecado <sup>18</sup>, y que pone al hombre en condiciones de gobernar su propio destino y, de alguna manera, de rendir o negar a su Creador y Redentor la gloria que le es debida.

(16) Santo Tomás, *S.Th.* I-II, q. 93, a. 1.

(17) *Ibid.*, a. 4.

(18) Confiesa la Iglesia que, aun después del pecado original, en ningún modo estuvo extinguido el libre albedrío, aunque sí atenuado en sus fuerzas [Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. I, D. 793 (1521) y can. 5, D. 815 (1555); Cfr. Concilio II de Orange, año 529, can. 8, D. 181 (378)].



## La libertad humana ante el dominio divino

Toda esta condescendencia divina ha sido menospreciada por los hombres innumerables veces. El orgullo de la criatura tiende a mirar como algo debido lo que es sólo regalo misericordioso <sup>19</sup>. No considera que aún ahora la creación de cada alma <sup>20</sup>, su conservación eterna y su predestinación salvífica son fruto de un mandato imperioso de Dios.

Ciertamente, como recuerda San Agustín, *quien te creó sin ti, no te salva sin ti* <sup>21</sup>; el hombre puede aceptar o rechazar la felicidad que se le ofrece; pero, sea cual fuere el camino que elija, no está en su mano evadirse de su condición de criatura. Si opta por el bien, se someterá de buena gana y en manera perfecta a la ley de Dios; si, por el contrario, elige el mal, quedará pasivamente subyugado al orden de la creación. Las acciones del malvado resultan deficientes, son de por sí impotentes para dar gloria a Dios; pero *esa imperfección* —nota Santo Tomás— *será suplida pasivamente, porque sufrirá lo que la ley eterna ha decretado para estos casos, en la medida en que hubiere faltado a lo que la ley de Dios ordena* <sup>22</sup>.

Nadie debe olvidarlo: Dios es *el que es* <sup>23</sup>; nosotros, *polvo y ceniza* <sup>24</sup>. *El mide las aguas con el hueco de su mano y a palmos los cielos (...). Son las naciones como gota de agua en el caldero, como grano de polvo en la balanza. Las islas pesan lo que el polvillo que se lleva el viento (...). Todos los pueblos son delante de El como nada, ante El son nada y vanidad* <sup>25</sup>.

La actitud más impropia y ofensiva ante Dios es la de discutirle su soberanía; ése es el pecado de soberbia. Algunos no quieren confesar el

(19) El Concilio Vaticano II denuncia la tentación que acecha de juzgar que nuestros derechos personales solamente son salvados en su plenitud cuando nos vemos libres de toda norma divina (Const. past. *Gaudium et spes*, n. 41).

(20) Nos manda la fe católica sostener que las almas son creadas inmediatamente por Dios [Pío XII, Litt. enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950, D. 2327 (3896)].

(21) San Agustín, *Sermo* 196, 11, 13.

(22) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 93, a. 6.

(23) *Exod.* III, 14.

(24) *Eccli.* X, 9.

(25) *Isai.* XL, 12-17.

poder de Dios sobre todas las cosas, pues eso *les llevaría a admitir una ley. Y no toleran la ley, ni siquiera la del precepto entrañable de la caridad, porque no desean acercarse al amor de Dios: ambicionan sólo servir al propio egoísmo* <sup>26</sup>. Se sienten llenos de derechos, y olvidan que el Señor no nos es deudor en nada, y que nosotros se lo debemos todo <sup>27</sup>. La gloria de Dios no depende de las criaturas, ni siquiera en ínfimo grado. Si en lugar de llamarnos a la visión beatífica, nos hubiese destinado —hubiera podido hacerlo sin empañar su bondad infinita <sup>28</sup>— a una vida meramente natural, ni aun así tendríamos motivo de queja. *¿Cómo pretenderá el hombre tener razón contra Dios? (...). El es sapientísimo y potentísimo, ¿quién se le opondrá?* <sup>29</sup>. Y sin embargo, *Dios es piadoso y benigno, tardo a la ira y misericordioso (...). No nos castiga en la medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras iniquidades (...). Pues El conoce bien de qué hemos sido hechos, sabe que no somos más que lodo (...). Su clemencia es eterna (...)* para los que son fieles a su alianza y tienen en cuenta sus mandamientos para ponerlos por obra <sup>30</sup>.

*Tú y yo no podemos poner condiciones al Creador: El a nosotros, sí, porque es Dios y es el Dueño de nuestro corazón, de nuestra vida entera. Pero como Dios se identifica con el Amor (cfr. I Ioann. IV, 8) y las obligaciones que exige el Amor elevan y liberan la conducta entera, resulta que dejarse condicionar por nuestro Dios es entrar en el maravilloso recorrido de los que participan de su Amor. De ahí que, con la libertad de quienes sirven como hijos, repetamos, sabiendo muy bien lo que expresamos: gaudete in Domino semper! (Philip. IV, 4), alegraos siempre en el Señor. Nuestro gozo está en servirte: con las barreras que Tú quieras, Señor mío* <sup>31</sup>.

Nada hay tan odioso y necio como tratar de eludir la ley soberana y clemente de Dios. Y nada es más sabio y amable que adherirse a esa Vo-

(26) *Es Cristo que pasa*, n. 179.

(27) Cfr. I Cor. IV, 7.

(28) Está condenada por la Iglesia la proposición de Bayo, según la cual *la sublimación y exaltación de la humana naturaleza al consorcio de la naturaleza divina, fue debida a la integridad de la primera condición y, por ende, debe llamarse natural y no sobrenatural* [San Pío V, Bula *Ex omnibus afflictionibus*, 1-X-1567, prop. 21, D. 1021 (1921); Cfr. también D. 1023 s (1923 s), 1079 (1979), 1516 s (2616 s), 2318 (3891)].

(29) *Iob* IX, 2-4.

(30) *Ps.* CII, 8-18.

(31) De nuestro Padre, *Carta*, 14-II-1974.



luntad divina de la que decía San Efrén que es, en Dios, como *su tesoro, pues de la nada salió todo* <sup>32</sup>. De este modo, *quien no pone condiciones servirá al Señor con alegría, y quien se hace siervo de Dios libertus est Domini (I Cor. VII, 22), es liberto del Señor* <sup>33</sup>.

El hombre ha de aceptar y amar la ley de Dios, en primer lugar, porque es divina: ésa es la razón primordial por la que es amable sobre todas las cosas. Después, porque habiéndonos dado tan grande capacidad de amar con libertad plena, es lo que Dios espera de nosotros: para eso nos ha creado y redimido. Y, también, porque por esa ley se nos han concedido todos los bienes, y por ella se han preparado dones aún mayores, destinados a los que la guardan <sup>34</sup>.

Por parte del hombre, lo noble es decir a Dios: *quiero meditar tus preceptos, considerar detenidamente tus caminos, gozarme en tus mandamientos, no olvidarme jamás de tu palabra* <sup>35</sup>; y ante el insondable misterio de la justicia y misericordia de Dios, que se funden armónicamente en la ley divina, reconocer: *¡oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inapelables sus caminos! Porque ¿quién fue su consejero? O ¿quién es el que le dio primeramente alguna cosa, para que pretenda ser recompensado por ello? Todas las cosas son de El, y todas son por El, y todas existen en El; a El sea la gloria por siempre jamás* <sup>36</sup>.

## Conocimiento y reconocimiento de la ley de Dios

*Tres condiciones son necesarias al hombre para obtener su salvación; a saber: el conocimiento de lo que debe creer, de lo que ha de de-sear y de lo que tiene que hacer* <sup>37</sup>: es decir, de qué manera ha de com-

(32) San Efrén, *Sermo de fide* I.

(33) De nuestro Padre, *Carta*, 14-II-1974.

(34) *Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquéllos que le aman* (I Cor. II, 9).

(35) Ps. CXVIII, 15-16.

(36) Rom. XI, 33-36.

(37) Santo Tomás, *In duo praec., prol. I*.

portarse para cumplir lo que ha dispuesto la Ley de Dios.

Algunos, admitiendo la necesidad de someterse a la ley divina, sin embargo añaden que es muy difícil conocerla, al menos en sus aplicaciones prácticas, por lo que llegan a prescindir de ella, como si no existiera. Afirman que la ley divina es un asunto teórico que interesa sólo a Dios; los hombres no habrían de desperdiciar su tiempo inquiriendo la Voluntad divina, pues la hora terrena sería la de la acción.

Estas o similares formulaciones deslumbran jugando con la diversidad de sentidos o el carácter analógico de los términos con que necesariamente tenemos que expresar las verdades divinas. Es verdad que —advierte Santo Tomás— *nadie puede conocer la ley eterna como es en sí misma si no es Dios y los bienaventurados, que ven a Dios en su misma esencia. Pero toda criatura racional la conoce a través de alguna irradiación, mayor o menor, ya que todo conocimiento de la verdad es una irradiación y participación de la ley eterna* <sup>38</sup>.

### *La ley natural, comunicación de la ley divina*

La primera manifestación explícita de la Voluntad divina se encuentra en la ley natural: el orden del universo, la naturaleza de las cosas, sus propiedades, las potencias y operaciones que Dios ha asignado a cada criatura, sus relaciones mutuas... El entendimiento humano tiene la capacidad innata y como una facilidad natural para inferir de todo aquello lo que hay que hacer y lo que se debe evitar <sup>39</sup>. *Dios concedió al hombre esta capacidad y esta ley al crearlo. Pero muchos piensan que, si no cumplen esta norma, les puede excusar la ignorancia. Sin embargo, a éstos les contradice el Profeta, cuando, respondiendo a los que preguntan: “¿quién nos enseñará lo bueno?”* <sup>40</sup>, *como si no supieran lo que deben hacer, les dice: “ha sido marcada en nosotros, Señor, la luz de tu ros-*

(38) Santo Tomás, S. Th. I-II, q. 93, a 2.

(39) Cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen por razón natural lo que manda la ley, estos tales, no teniendo ley, son para sí mismos ley; y ellos hacen ver que lo que la ley ordena está escrito en sus corazones, como se lo atestigua su propia conciencia y las diferentes reflexiones que allá en su interior ya los acusan, ya los defienden (Rom. II, 14-15).

(40) Ps. IV, 6.



tro”<sup>41</sup>, es decir, la luz de la inteligencia por la que conocemos cómo debemos actuar. Y en efecto, nadie ignora, por ejemplo, que no debe hacer a los demás lo que no desea que le hagan a él, y otras muchas cosas por el estilo<sup>42</sup>.

El hombre, pues, participa de la ley de Dios de una doble manera: en cuanto ha recibido en su naturaleza unas propiedades e inclinaciones hacia determinados fines, y en cuanto puede conocer todo eso como mandato divino, como ley que debe cumplir libremente. Los dos modos son muy imperfectos y, en cierta manera, se hallan corrompidos en los malos, en quienes la inclinación natural a la virtud está contaminada por el hábito vicioso, y el mismo conocimiento natural del bien se encuentra oscurecido por las pasiones y hábitos pecaminosos<sup>43</sup>. Pero, en los buenos, uno y otro modo se encuentran perfeccionados, porque en ellos al conocimiento natural del bien se sobreañade el conocimiento de la fe y de la sabiduría; y a la inclinación natural al bien se suma el impulso interno de la gracia y de las virtudes<sup>44</sup>.

### *La ley de la gracia, definitiva expresión de la voluntad de Dios*

La ayuda extraordinaria que Dios ha puesto a disposición de todas las almas, constituye la segunda manifestación de la ley eterna, que se

(41) *Ibid.*, 7.

(42) Santo Tomás, *In duo praec.*, prol. 1.

(43) Este conjunto de errores y malas inclinaciones recibe metafóricamente el nombre de *ley del fomes*, fruto del pecado original, que permanece como un resto aun después del Bautismo, si bien ya no tiene en sí misma razón de pecado [Cfr. Concilio de Trento, decr. *De peccato originali*, can. 5, D. 792 (1515)]. Por eso, ni siquiera el hombre en gracia se puede guiar sin más por sus inclinaciones espontáneas, pues también en él persiste el desorden; necesita de la razón y de la fe para adherirse en sus acciones a la ley divina. Aunque Dios en la creación —explica Santo Tomás— diese al hombre la ley natural, el diablo sin embargo sembró otra ley, es decir, la de la concupiscencia. Mientras en el primer hombre el alma estuvo sometida a Dios, guardando los preceptos divinos, también la carne estuvo sometida en todo al alma o razón. Pero después de que el diablo, valiéndose de un engaño, apartó al hombre de la observancia de los divinos mandatos, en ese mismo momento la carne se rebeló a la razón. Y así sucede que aunque el hombre con su entendimiento desee el bien, la concupiscencia le inclina a lo contrario. Y esto es lo que dice el Apóstol en Rom. VII, 23: “veo otra ley en mis miembros, que resiste a la ley de mi espíritu”. De ahí que frecuentemente la ley de la concupiscencia corrompe a la ley natural y al criterio de la razón. Por eso añade el Apóstol en el mismo lugar: “y me sojuzga a la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo” (Santo Tomás, *In duo praec.*, prol. 1).

(44) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 93, a. 6.

denomina tradicionalmente ley divino-positiva o ley sobrenatural, porque ha sido comunicada por medio de la Revelación sobrenatural. Dios la ha entregado a los hombres gradualmente, según las diferentes etapas de la Revelación, comenzando por Adán y Eva, siguiendo con la elección de los Patriarcas y la confección de las tablas del decálogo en el Sinaí, hasta la llegada de nuestro Redentor, que dio acabado cumplimiento a la ley antigua, completándola y perfeccionándola <sup>45</sup> con la ley de la gracia y de la caridad <sup>46</sup>.

Jesucristo nos ha enseñado a considerar la soberanía y justicia de Dios, no con temor, sino con amor filial, porque somos hijos del Padre cuya Voluntad ha de cumplirse tanto en los cielos como en la tierra <sup>47</sup>. Y sus mandamientos, que pesaban a causa de nuestra debilidad y dureza, han sido aligerados por la gracia que, con magnánima abundancia, ha sido derramada en nuestras almas con el Espíritu Santo <sup>48</sup>.

Si Dios, como Señor de la creación <sup>49</sup>, posee lo que en términos humanos llamaríamos un dominio ilimitado de propiedad y de jurisdicción sobre todas las criaturas, con la Encarnación y Muerte de Cristo, *en quien plugo al Padre poner la plenitud de todo ser, y reconciliar por él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre cielo y tierra, por medio de la sangre que derramó en la cruz* <sup>50</sup>, ha reforzado sus derechos soberanos. San Pablo nos recuerda: *no os pertenecéis; fuisteis comprados a gran precio* <sup>51</sup>; y San Pedro añade: *no con oro o plata, que son cosas perecederas, sino con la sangre preciosa de Cristo* <sup>52</sup>; de modo que los que se allegan a El por el Sacramento del Bautismo constituyen verdaderamente un *pueblo de conquista, para publicar las grandezas de aquél que os sacó de las tinieblas de la muerte a su luz admirable* <sup>53</sup>.

**El Amor no pide derechos: quiere servir** <sup>54</sup>. La obediencia cum-

(45) Cfr. *Matth.* V, 17, 21-48; *Marc.* X, 9.

(46) Cfr. *Matth.* VII, 12; XXII, 34-40; *Marc.* XII, 28-34; *Luc.* X, 25-29; *Ioann.* XIII, 24; XV, 12; I *Ioann.* III, 23; *Rom.* VIII, 2; *Galat.* V, 1, 13.

(47) Cfr. *Matth.* VI, 10.

(48) Cfr. *Rom.* V, 5.

(49) Cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 1, D. 1782 (3001).

(50) *Colos.* I, 19-20.

(51) I *Cor.* VI, 19-20.

(52) I *Petr.* I, 18-19.

(53) I *Petr.* II, 9-10.

(54) *Es Cristo que pasa*, n. 19.



plida a la ley de Dios ya no es sólo un acto de sumisión de la criatura, sino el modo de procurar corresponder a Dios por el amor con que nos ha distinguido. La vida del cristiano *no tiene otro sentido que el de obedecer a la voluntad de Dios* <sup>55</sup>. Ama al Señor el que acepta y trata de cumplir sin reservas su ley; no le ama, el que rechaza esos preceptos. *Si me amáis —decía Jesucristo—, guardad mis mandamientos* <sup>56</sup>. Esto es lo seguro y verdadero. Se engañan los que piensan conocer y aun amar a Dios, pero deliberadamente deforman o se apartan del cumplimiento de sus preceptos <sup>57</sup>. *Quien dice que le conoce y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda sus mandamientos, en ése verdaderamente la caridad de Dios es perfecta* <sup>58</sup>.

Pocas cosas son tan agradables a Nuestro Padre Dios como el abandono de la criatura a su Voluntad amabilísima: el reconocimiento de su poder y de la flaqueza humana, la decisión de que nuestra libertad se conforme amorosamente a las exigencias de su ley. *Tu palabra, Señor, es eterna e inmutable, tanto como los cielos. Durante generaciones y generaciones es verdadera. Formaste la tierra, y aún perdura. A tu mandato obedecen el día y la noche, pues todas las cosas te sirven. Si tu ley no fuese mi dicha, hace tiempo que habría perecido de amargura. Jamás me olvidaré de tus preceptos, pues por ellos me has dado la vida. Tuyo soy; sálvame* <sup>59</sup>.

(55) *Ibid.*, n. 21.

(56) *Ioann.* XIV, 15.

(57) El Concilio de Trento declara: *si alguno dijere que nada está mandado en el Evangelio fuera de la fe, y que lo demás es indiferente, ni mandado, ni prohibido, sino libre; o que los diez mandamientos nada tienen que ver con los cristianos, sea anatema*.

*Si alguno dijere que el hombre justificado y cuan perfecto se quiera, no está obligado a la guarda de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, sino solamente a creer, como si verdaderamente el Evangelio fuera simple y absoluta promesa de la vida eterna, sin la condición de observar los mandamientos, sea anatema*.

*Si alguno dijere que Cristo Jesús fue por Dios dado a los hombres como redentor en quien confluyen, no también como legislador a quien obedezcan, sea anatema* [decr. *De iustificatione*, can. 19-21, D. 829-831 (1569-1571)].

(58) *1 Ioann.* II, 4-5.

(59) *Ps.* CXVIII, 89-94.